

Memoria poética como prenda de abrigo

Andrea Angulo Menassé

Universidad Autónoma de la Ciudad de México /

andrea.angulo.menasse@uacm.edu.mx

<https://doi.org/10.57149/re-visiones.11.12>

Resumen

En este artículo reflexiono sobre la vida y obra de la poeta alicantina Francisca (Paca) Aguirre y propongo que la escritura fue su venganza frente a la terrible orfandad y pobreza que le regaló la posguerra. Lo que sus escritos evocan dialoga en este texto con la historia de otra mujer de su generación, mi abuela. En primera persona, planteo enormes coincidencias entre dos vidas paralelas, heridas de guerra en dos continentes, que resistieron una con su voz, otra con su palabra, con el fin de transmitir a las generaciones que seguimos dosis homeopáticas de posmemoria que atraviesan de Norte a Sur y de Este a Oeste a varias generaciones. El resultado es un diálogo intergeneracional donde la poética del duelo que plantea Francisca, la Paca, Aguirre sirve de pretexto para plantear un ejercicio autobiográfico de homenaje y memoria sobre el canto y los versos como fuentes historiográficas subalternas.

Palabras clave

exilio; memoria; posmemoria; España; poesía.

Introducción

No hay mejor manera de honrar la vida que hablando del dolor que viene con ella. Cuando nací, mis abuelos ya habían huido del golpe fascista y esa historia me acompañó durante mi infancia. Fui receptora de los relatos en los que, por ejemplo, mi abuela tenía 16 años cuando su familia tuvo que distribuirse en dos automóviles para huir de Barcelona y alcanzar la frontera porque los perseguía el bando franquista. Uno de los transportes, en el que iba la hermana más pequeña, tuvo un percance en la carretera y fue atacado por la aviación alemana. salvaron la vida escondiéndose en una cuneta mientras la pequeña experimentaba la pérdida de la vista, producto de una crisis de ansiedad. No llegaron a tiempo para subirse al barco contratado por la SERE, el Cuba, pero, en cambio, embarcaron en un carguero de nombre Wyoming hasta Martinica, de ahí a Santo Domingo, y luego a la Habana, para finalmente subirse al barco de pasajeros Monterrey que los llevó a su destino final, Veracruz.

No compraron muebles en el exilio porque tenían un pie en el imaginario barco que los devolvería a su país cuando, según ellos, la comunidad internacional desconociera al dictador y les regresara su República. Como esto no sucedió, se fueron quedando y cuarenta años después nació yo, con la ambivalencia de esa guerra en mi espalda. Mi padre ya nació mexicano y me tuvo a sus 32 oscuros inviernos.

Decía él que no tenía necesidad de conocer España en Europa porque la tenía al interior de su casa en Ciudad de México. Tenía razón, porque sus padres llevaban su país de origen en tres cuartos de sus vísceras y no se acostumbraron nunca a asumir que ese rincón ya no era el suyo. Según Hirsch (2008) la posmemoria es un término que describe la relación entre los poderosos recuerdos traumáticos de una generación y la transmisión implícita a la segunda y tercera, porque, aunque fueron memorias que precedieron a su nacimiento, fueron heredados tan profundamente que parecen constituirse como memoria propia de los hijos y nietos. Y si bien para Hirsch fueron las fotografías del holocausto la vía de transmisión generacional, hay otras artes mediante las cuales a las generaciones posteriores se nos hace "guardianas" de traumas de una guerra que, aunque no fue nuestra, es tan nuestra que está encarnada (*idem*).

Nunca hablé con mi padre porque murió cuando yo no tenía todavía palabras en los dientes. Tuve en cambio a su madre como abuela, con quien conocí un catálogo infinito de nanas republicanas y que con su voz transmitía, casi tan fielmente como en una fotografía, parte de lo que perdió. A través de su canto, la melancolía de posguerra entraba por el oído virgen de quien fuera y lo llenaba con sus letras.

Como consecuencia de ese canto, hecho memoria, me persiguen las figuras que sufrieron esa guerra en su niñez. O tal vez no. A lo mejor, soy yo quien las persigue a ellas, para después sentirme perseguida por sus palabras e historias. Aquellas que usaron la pluma para convertir su herida en historia, en cultura, en distancia sanadora. Aquellas, como Francisca Paca Aguirre, que no tuvieron más alternativa que convertir su llaga en palabras, o como dice Piedad Bonnett (1951) en cicatrices:

No hay cicatriz, / por brutal que parezca, /que no encierre belleza. / Una historia puntual se cuenta en ella, / algún dolor. Pero también su fin. / Las cicatrices, pues, son las costuras / de la memoria, / un remate imperfecto que nos sana / dañándonos. La forma / que el tiempo encuentra / de que nunca olvidemos las heridas.

De cicatrices supo mi abuela, que aprendió a caminar de la mano de su madre que, embarazada de una segunda hija, enseñaba a mi abuela a poner un pie delante del otro en la senda que había que recorrer para

visitar a su padre en la cárcel. Desde muy niña las palabras construyeron puentes para convertir las llagas en cicatriz, por eso ella las pronunciaba cantando y haciéndolo frente a mí, para que yo durmiera, se conectaba con cada uno y todos los duelos del mundo.

Francisca Paca Aguirre también las pronunciaba en verso, las escribía en blanco, y de las llagas y cicatrices supo también sobrevivir desenvainando una espada de lirismo transparente. La llamo simplemente la Paca, porque la he hecho parte de mi familia elegida, una abuela más, la que me enseña, aún después de muerta, sobre la escritura transparente. La que me recibió en un país que fue el suyo, donde injustamente se la desconoce todavía pues, aunque perteneció a la generación de los cincuenta, no la publicaron hasta el 74 y su nombre sigue siendo invisible entre las antologías de su generación¹.

Mi abuela tenía ocho años cuando Paca apenas nacía, pero sus vidas son imagen especular de dos destinos. A una pluma aferrada, Paca también conoció de exilios y persecuciones demasiado pronto; cruzó con nueve años la frontera, en julio de 1939, porque su padre había osado ocupar un cargo de responsabilidad durante la Segunda República y su vida estaba en riesgo. Diez años tenía Paca cuando, ya en el exilio parisino, los nazis bombardearon la ciudad y su familia —contrario a la suerte de la mía— no pudo subir ni siquiera a un barco carguero porque llegó tarde a la frontera, como escribió Paca, en el poema que lleva el mismo nombre:

Frontera:

Yo, que llegué a la vida demasiado pronto, / que fui —que soy— la que se anticipó, / la que acudió a la cita antes de tiempo / y tuvo que esperar en la consigna / viendo pasar el equipaje de la vida / desde el banco neutral de la deshora. / Yo, que nací en el treinta, cuando es cierto / —como todos sabéis— que nunca debí hacerlo, / que hubiera yo debido meditarlo antes, / tener un poco de paciencia y tino / y no ingresar en ese tiempo loco / que cobra su alquiler en monedas de espanto. / Yo, que vengo pagando mi imprudencia, / que le debo a mi prisa mi miseria, / que hube de trocear mi corazón en mil pedazos / para pagar mi puesto en el desierto, / yo, sabedlo, llegué tarde una vez a la frontera. / Yo, que tanto me había anticipado, / no supe anticiparme un poco más / (al fin y al cabo para pagar / en monedas de sangre y de desdicha / qué pueden importar algunos años). / Yo, que no supe nacer en el cuarenta y cinco, / cometí el desafuero, oídlo, / de llegar tarde a la frontera. / Llegué con los ojos cegados de la infancia / y el corazón en blanco, sin historia. / Llegué (Señor, qué imperdonable) / con nueve años solamente. / Llegué tal vez al mismo tiempo que él, / pero en distinto tiempo. / No lo supe. / (¡Oh tiempo miserable e injusto.) / Estuve allí —quizá lo vi— / pero era tarde. / Yo era pequeña / y tenía sueño. / Don Antonio era viejo / y también tenía sueño. / (Señor, qué imperdonable:/ haber nacido demasiado pronto/ y haber llegado demasiado tarde. (Aguirre, 1966-2000)

Cuando asesinaron su infancia matando a su padre, su venganza fue llenar ese injusto vacío de belleza poética, de comas, puntos y signos de interrogación. El sangrado que ese corte hizo brotar se transformó con su trabajo en metáforas que arrullaban poniéndola a salvo. A quienes la leemos también nos van sanando a base de ritmos, frases y letras que juntas, resucitan a los muertos todos, de cada uno.

Su poética es un recurso de reconciliación con la vida.

Como Paca, mi padre fue poeta pero no se reconcilió nunca con la vida. Estudió traducción para poder sobrevivir pero le dejó de interesar sobrevivir y se mató con treinta y tres años, cuando yo tenía uno.

Como Paca escribió en "El último mohicano":

Quando mataron a mi padre / me quedé en esa zona de vacío / que va de la vida a la muerte, / dentro de esa burbuja última que lanzan los ahogados, / como si todo el aire del mundo se hubiese agotado de pronto. / Ahí me quedé / aunque no me acuerde de nada² / como los atónitos visitantes de un planeta vacío. (Aguirre, 2000)

Y es que tal vez la poesía es otro de esos dispositivos, como el canto o la fotografía, que calca los recuerdos que, aunque ajenos, son tan fácilmente apropiables porque revuelven lo íntimo. Tal vez porque tienen la característica de que cualquiera, sin importar su historia, sienta retumbar en el centro su tierra.

La familia de Paca tuvo que elegir entre esperar el improbable barco de rescate bajo la artillería alemana o volver a España. Pensaron entonces que los nazis representaban más peligro que la venganza franquista, pero se equivocaron, porque el padre de Paca fue detenido inmediatamente después de cruzar de regreso e ingresar a territorio español.

Siendo una niña de 12 años Francisca se presentó en el cumpleaños doce de la hija del dictador a rogarle por la vida a su padre, apelando a la infancia de ambas, a su cercanía en edad y a su calidad compartida de hijas, pero se volvió a equivocar, porque a Lorenzo Aguirre no solo lo asesinaron, sino que lo torturaron con un dispositivo que comprimió poco a poco con una manivela su cuello, hasta que lograron matarle.

Una vez muerto su cuerpo, eliminaron todo trazo de su existencia, lo borraron de las enciclopedias como si nunca hubiera nacido, ni pintado, ni fundado con otros el Instituto Libre de Enseñanza, ni hubiera sido, como fue, parte de la resistencia. Por eso era tan necesario que renaciera en la poética de Paca y Félix Grande, su pareja, que se dirigió al cementerio

donde yacían los restos de Lorenzo para hablarle escribiendo.

[...] No pudieron con usted, don Lorenzo / En la cárcel de Porlier, en el año 1942. / Le pusieron a usted la muerte sobre la garganta. / Le dieron vueltas a una manivela. / Lo asesinaron y no pudieron con usted. / Téngalo por seguro: no pudieron. / [...] / Permítame que me presente / tengo setenta y tres años cumplidos. Mi padre / defendió a tiros la República. / Tras la derrota tuvo suerte: / no le dieron garrote vil. / De los ocho hijos que engendró / vivimos cinco, todos varones. Todos cinco / queremos mucho, don Lorenzo a Paquita, la hija de usted. / Y yo además la necesito: para durar, / para iluminar mi escalera, / para morir sin odio. Sé que usted me comprende. / [...] A Paquita y a mí nos nació Guadalupe. Espere. Tengo en mi billetera / una fotografía de su nieta de usted... Aquí está / ¿Verdad que es preciosa, dios mío? / y es aún mayor la belleza de su conciencia [...]

Paca y Félix se volvieron especialistas en resucitar lo que había sido enterrado y reescribir la realidad desde la percepción subalterna de la historia: hablar de un sueño acorralado en vez de una "guerra entre hermanos", hablar de la pesadilla de la guerra en vez "de enfrentamiento entre quienes querían la ley sin democracia y los que querían la democracia sin ley" (Casado, 2021), hablar de un proyecto que fue multitudinario en vez de "la minoría de anti cristianos" hablar en fin, de la soledad que sintieron de la mano de sus madres, como parte de ese colectivo herido y de la procesión de solos perseguidos, cruzando sin equipaje, la frontera.

(...) Me he levantado para cerrar la puerta del armario. / Y nos fuimos al Havre para tomar un barco. / Nosotros con dos muñecos y un moñito, / papá con su caja de pinturas y un sueño acorralado, / un sueño convertido en pesadilla, / un sueño multitudinario / arrastrado como único equipaje / por una inmensa procesión de solos. /

Pero el barco no llegó a su puerto: / esperamos, mientras mamá, para alumbrarnos, / cantaba algunos días El niño Judío: "de España vengo, soy española". / No llegó el barco. Llegaron aviones alemanes. / Hubo que caminar a gatas por las habitaciones del hotel, / que estaba frente al puerto (...)³

Haciendo de su vida obra, Paca fue criando así a su hija que, no conoció a su abuelo y al mismo tiempo lo conoció tanto como a sí misma porque Lorenzo estaba presente en cada escrito de su biografía, vía madre y padre, rodeando sus textos y abrazando sus escritos.

Como ella, yo tampoco conocí a mi abuelo. Él también tuvo suerte porque no le dieron garrote vil cuando perdió la guerra y logró salvarse su cuerpo en el exilio, pero le dieron, en cambio, un diagnóstico de enfermedad cardiovascular a los 47 años y un acta de fallecimiento a los 52, en pleno país de refugio, todavía esperando reparación, verdad y justicia.

De haber llegado a subir al barco, Paca hubiera sido partícipe de la fundación y desarrollo del Instituto Libre de Enseñanza en el exilio, que se hizo realidad en México, en la calle Martínez Campos, donde mi abuela tuvo la oportunidad de seguir leyendo y cantando, libremente, la República. En cambio, mientras mi abuela respiraba el conocimiento que el exilio permitió, esos mismos años Paca se concentró en sobrevivir, atrapada como estuvo, en las ruinas oscurantistas del Nacional Catolicismo (Lorena Culebras, 2017).

Mi madre nos acabó llevando a un colegio para hijas de presos políticos porque en esta casa no había nada que echarse a la boca. Madrid en 1940 era una ciudad de más de un millón de cadáveres y a la gente se le notaban los huesos de la cara. (Lo que no sabía mi madre) es que en el convento tampoco comíamos, sólo las cáscaras de naranja y las cáscaras de plátano de la basura, porque a las hijas de presos políticos no nos daban otra cosa, no nos daban nada, solo patadas. Un día que desesperadas por el hambre pensamos que si nosotras no comíamos, las niñas que pagaban y las monjas tampoco debían hacerlo, unas amigas y yo empezamos a volcar los peroles de la comida de ellas por la escalera. Se conoce que una de las niñas (que pagaban) debió decir en su casa: "Hay unas niñas horribles, sucias y asquerosas, que bajan las perolas y las tiran". Las monjas nos molieron a palos, a cachetes, a pellizcos y a tirones de pelo. El castigo fue lavar (con sosa) sus paños higiénicos pero (gracias a la huelga de los peroles) vino una inspección de la Sección Femenina de Falange y fíjate ¡qué panorama no se encontraría allí! que les cerraron el convento. (*ib.*, p. 377)

En el peor momento, así como en los mejores, la Paca nunca fue cómplice silenciosa de la atrocidad. Su vida estuvo llena de libros, por ella escritos, que le iban poniendo rostro a la injusticia y a la muerte de su padre, como de tantos otros, asesinados únicamente por deporte, cuando ya todo se había acabado.

Del último mohicano (...) Recuerdo bien que a mi hermana Susy y a mi / nos dieron la noticia en el cuarto de aseo / de aquel Colegio para hijas de presos políticos. / Había un espejo enorme / y yo vi la palabra muerte crecer dentro de aquel espejo / hasta salir de él / y alojarse en los ojos de mi hermana / como un vapor letal y pestilente. / Nada ha logrado olvidar aquellos ojos, / salvo algunas horas de amor / en que Félix y yo éramos dos huérfanos, / y el rostro milagroso de mi hija.

Fue su hija quien en 2019 publicó una compilación de los poemas con el nombre de *Prenda de Abrigo* y en cuyos brazos murió Paca ese mismo año a sus 88 años, con la conciencia tranquila de haber dejado la pluma gastada y los recuerdos inscritos. En el prólogo, Guadalupe explicó cómo fue abrigo en su casa, la escritura como prenda.

Todo en la vida de Francisca Aguirre tiene que ver con el deseo de que la palabra sea prenda de abrigo contra la intemperie: el habla de la memoria, la palabra hecha de música, la palabra como recordatorio de un sueño. Mi madre entró a la poesía, que es el lugar donde la muerte no tiene ningún dominio, para seguir recordando y sustentar la celebración de la vida. [...] Ella me enseñó que los poetas rescatan de las lápidas escritas por el poder, lo que el poder no ama (Guadalupe Grandes, 2019).

Hoy sabemos que la única manera de escuchar cierta subalternidad invisibilizada es buscando más allá de las fuentes historiográficas tradicionales (Rosón, 2017) en los álbums de fotos familiares o escolares por ejemplo, ese otro significado del pasado, aquél que se produce desde el lado opuesto a la historia oficial.

Guadalupe Grande Aguirre hizo de los escritos de su madre su propio álbum familiar recopilando los más entrañables de sus poemas para darse y darnos además de abrigo, memoria.

Y aunque mi abuela murió solo un par de años antes que la Paca, sus vidas sirven de herencia para las generaciones que seguimos, porque México dejó de ser el cálido refugio de inmigrantes perseguidos, desde hace todos los años del mundo. Y así, el territorio que alguna vez fue guarida, ahora es trampa asesina para familias enteras y niños sin familia que siguen buscando una salida arriba de bestias trenes de carga o de barquitos de papel. Y es que los vectores de propagación de la posmemoria se inscriben como los virus y no salen nunca más del cuerpo; esperan latentes el momento...

Porque los vectores de propagación de las historias pasadas se inscriben como los virus y ya no salen nunca más del cuerpo, esperan latentes el momento oportunista para despertar, duermen justo el tiempo cronometrado para llevar a los hijos a la escuela, y luego una se da cuenta de que los niños acaban de desayunar un trozo de las historias que llevas cargando y que, según tú, evitarías poner sobre la mesa. Nada los salvará de cenar también un poco de ese bicho salado y en ese acto, se volverán guardianes a su vez de las memorias de sus abuelas, porque la sensibilidad les crecerá en el estómago e intuirán, desde muy pequeños, que tienen también el virus de la posmemoria en el cuerpo y deberán transformar esa llaga en imagen, escritura, foto o por supuesto, también canción.

Bibliografía

Aguirre, F., *Ensayo general: poesía completa, 1966-2000*, Madrid, Calambur Editorial, 2000.

Aguirre, F., *Prenda de abrigo*, Valencia, Olé Libros, 2019.

Bonnett, P., *Explicaciones no pedidas*, Madrid, Visor Libros, 1951.

Casado, P., "La Guerra Civil fue un enfrentamiento entre quienes querían la democracia sin ley y quienes querían la ley sin democracia", en *El País*, 30 de junio de 2021. Disponible en: <https://elpais.com/espana/2021-06-30/pablo-casado-la-guerra-civil-fue-un-enfrentamiento-entre-quienes-querian-la-democracia-sin-ley-y-quienes-querian-la-ley-sin-democracia.html> (Consultado el 5 noviembre de 2021)

Culebras Carnicero, L., *La obra poética de Francisca Aguirre: historia y memoria*, Tesis doctoral, Universitat de les Illes Balears.

Grande, F., *Libro de familia*, Madrid, Visor, 2011.

Hirsch, M., *La generación de la posmemoria. Escritura y cultura visual después del Holocausto*, Madrid, Carpe Noctem, 2015.

Payeras Grau, M. y Bados Ciria, C., *Desde las orillas. Poetas del 50 en los márgenes del canon*, Sevilla, Renacimiento, 2013.

Rosón, M., *Memoria, fotografía y feminismo: otra aproximación a la posguerra en España*, CCHSCSIC, 3 de abril de 2017. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=eRwnVIXQLrw&t=782s> (Consultado el 1 de octubre 2021).

Notas

¹ En el año 2011, Francisca Aguirre ganó el Premio Nacional de Poesía por su libro *Historia de una anatomía*. En el año 2012 fue declarada "Hija predilecta de Alicante". También fue galardonada con el Premio Nacional de las Letras 2018 como un intento que busca repararla.

² Esta frase es mía.

³ Fragmento de *Los trescientos escalones*.